

MÉXICO Y SU SOBERANÍA

*Por Carlos Bosch García**

La relación entre los pueblos se rige de manera especial por el respeto a la soberanía que sean capaces de tenerse los unos a los otros. Originalmente fue la guerra y la fuerza bruta la que determinaba, por temor, el respeto que se tenían. Luego estuvieron los derechos de las naciones y la ley internacional, con la expresión de los deseos nacionales, en la relación internacional, estampada en los tratados bilaterales. La señora de la nación mexicana en las relaciones con los Estados Unidos y también con el mundo entero ha sido el respeto a la soberanía, a los tratados y a la ley internacional, además de a la no intervención. Esos cuatro ingredientes fueron sin duda de alta civilización pero también, sin duda exponentes de falta de poder, como lo demuestra la historia de esas relaciones durante el siglo XIX y también durante el XX.

Un recorrido tormentoso

Cuando los mexicanos lamentamos no haber visto nuestro país constituido en rector de su propia relación con los demás, estamos pensando en un México, que nunca fue, fuerte y determinante en su trato, capaz de ajustarlo a sus necesidades y de dirigirlo a su beneficio.

México tuvo un recorrido tormentoso en el siglo XIX. Aparte de su dramática historia interna, tuvo tres invasiones armadas importantes, cuyo propósito fue obtener territorio nacional o los pagos de las deudas. Cualquiera de esas ocasiones resultaba en menguar el inventario de los bienes nacionales. En el siglo XX hubo más invasiones punitivas con el propósito de condicionar, o postrar, la economía nacional forzando situaciones económicas a cambio de, y defendiendo, a todo trance, las inversiones extranjeras capitalistas hechas en México. Por lo general, o en una gran medida, se trataba de las inversiones referentes al subsuelo o de intervenir para asegurar el clima favorable al desarrollo del capital y de la política extranjera, como sucedió en el periodo de Venustiano Carranza. ¿Y después? Después vino la tolerancia en aras del respeto de la soberanía, con tonos más o menos opacos o agudos, según fueran los problemas internos de los propios Estados Unidos. En lo que va del siglo fueron muchos esos problemas, a pesar de su bonanza económica causante de los neocolonialismos en el Continente Americano. Contra ellos las naciones latinoamericanas se retuercen, con relativamente poco éxito hasta la fecha, por la presión de sus deudas a la banca norteamericana y extranjera.

Estas son reflexiones que cada mexicano puede hacerse si conoce a fondo su propio país y el vecino. Pero también tiene que abandonar posturas patrioterías y de suficiencia para lograr entender, con la frialdad necesaria, una historia que hiere, porque sucedió lo que quisiéramos que no hubiera sucedido jamás, porque representa primero la liquidación del territorio sobrante, es decir, de reserva que tenía la nación y también la pérdida de recursos naturales económicos que constituían el patrimonio nacional del que hablamos arriba.

Pero, queramos o no, los argumentos de un lado y de otro tienen su propia fuerza y su propio sentido. Leer lo mexicano o leer lo norteamericano resulta en lo mismo, que la historia no la podemos modificar y debemos comprender por qué sucedió.

Analizada fríamente la experiencia de México y de los mexicanos durante el siglo XIX se concluye que la historia mexicana fue árdua y que tuvo graves consecuencias para todos. Para los mexicanos, claro, pero también para los Estados Unidos.

Para México, lo hemos visto, pérdida de tierra, deuda internacional, trato irrespetuoso de los principios básicos en el diálogo y en la soberanía nacional. Para los Estados Unidos las constantes campañas guerreras, falsas victorias y, sobre todo, pérdida de todas las morales.

Chocaron en el conjunto de los sucesos las dos filosofías, la católica y la protestante, con principios tanto referentes a la forma de concebir el sentido en relación del hombre con su religión y la naturaleza, que unos dominan y otros no, que aquellos transforman y éstos no, como en la manera de asimilar y entender la relación del éxito humano con el mundo material.

En la frontera sucedió lo que debía suceder, dados los ingredientes que la componían por ambos lados, como en todas las fronteras del mundo donde nacionalidades distintas, culturas distintas, entran en contacto. En la nuestra vino el encontronazo de las dos corrientes, la dirigida hacia el norte, más o menos estabilizada ya, y la dirigida hacia el sur que en el siglo XIX mantuvo un paso firme y decidido, porque se había acostumbrado a arrollar los obstáculos habidos en su paso; indios, españoles o mexicanos después, y de ese encontronazo vino la superposición de la oleada del norte sobre la del sur.

Dos pueblos en pugna

Dos poblaciones superpuestas, la más fuerte por encima con el resultado de someter a la de abajo, rendida. Falsa victoria

* Investigador titular "C" de tiempo completo del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

ésta de los Estados Unidos que, con ella, ganaron la secuela de problemas de la frontera derivados de la superposición. Asimilar la personalidad de los vencidos para enfrentarse con la filosofía y el espíritu dispar al suyo, tener que tolerar hasta el infinito la religión diferente y el fanatismo, la incultura y la incapacidad de una población marginada y marginal que, aún manejada como marginada, se multiplicaría hasta el punto de erigirse en las estadísticas poblacionales para plantear verdaderos problemas. Se pudo cambiar su nacionalidad, pero no se logró alterar con ello ni su piel, ni su pensar, ni su sentir. ¡Grave situación! Cuando en la actualidad se llega a la práctica de la democracia y la población supeditada aprendió a cultivarse y a entender a quienes se han preparado, y es que ya no nos dividimos en blancos, ni negros, ni colorados, ni en amarillos como a algunos todavía nos enseñaron cuando niños. Ahora, todos mayores comprendemos lo que significa ser hombres libres y capaces que no admitimos *Destinos Manifiestos* de sajones, ni de nazis, ni de dictadores latinoamericanos. Ni Doctrinas Monroes que aseguran monopolios físicos o mentales.

Por debajo de la superposición, por debajo de la superestructura, penaron y sufrieron injusticias las poblaciones adoptadas que no podían amoldarse a tantas diferencias, en el pensar, en el sentir, en el vestir, en el quehacer, en el hablar, en el vivir... y, con esas dificultades para amoldarse, lograron sólo yuxtaponerse, para poco a poco entrar en las grandes ciudades de una zona muy amplia en el sur de los Estados Unidos, y al viajero no se le escapa que esas ciudades ya son diferentes de las del norte, que su vida, su queha-

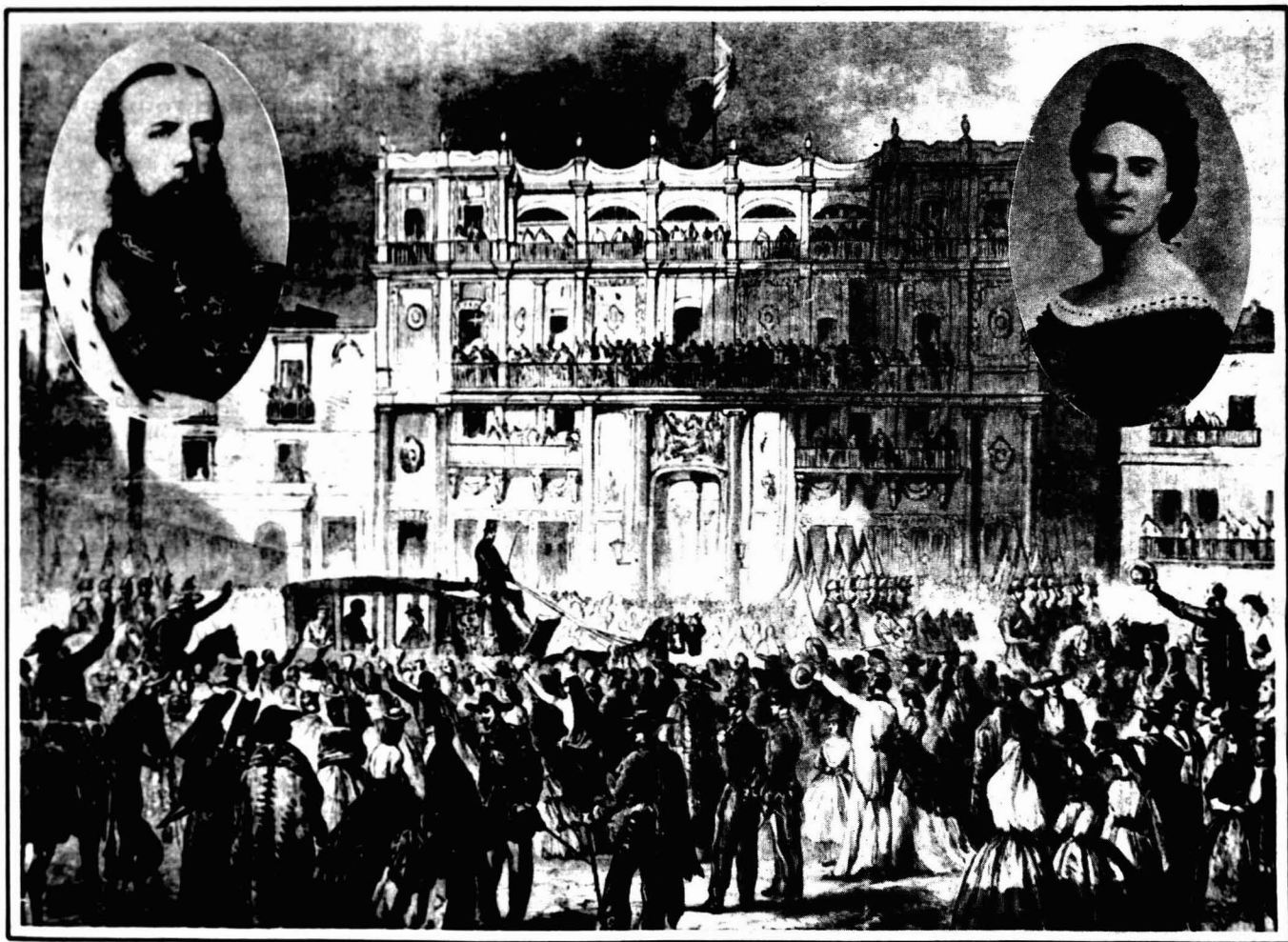
cer y su pensar es otro. En esas ciudades hay un sello muy distinto al de las otras ciudades del país y la diferencia es precisamente la gente que, siendo norteamericana es, en espíritu, otra cosa.

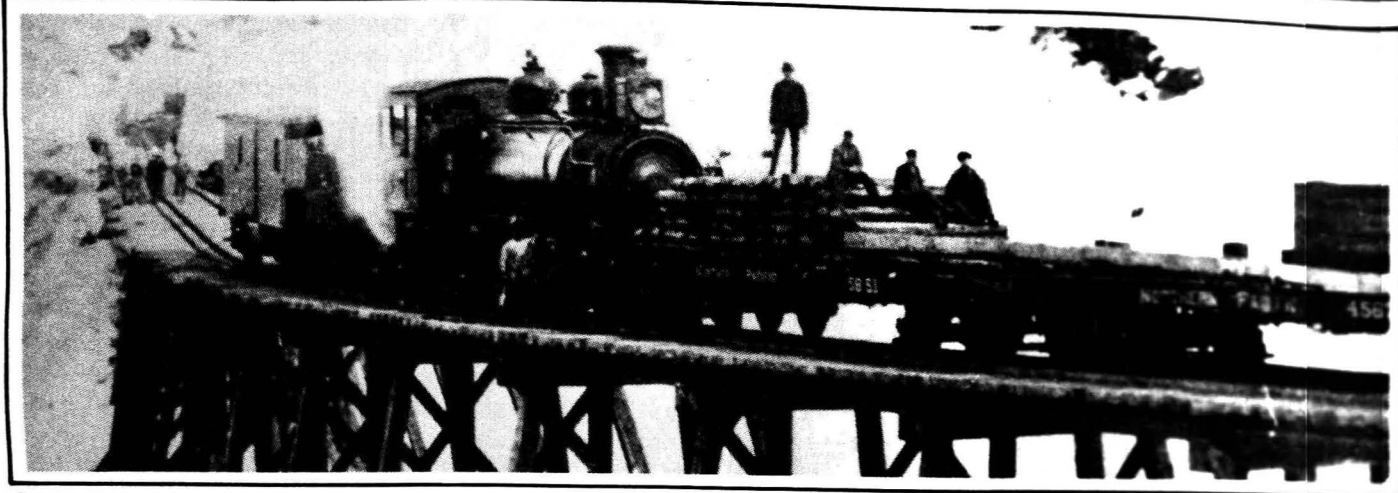
Por eso quedaron en el aire, faltos propiamente de raíz que les fue quitada, los que se vieron trasterrados por los tratados, mientras otros la perdieron al trasterrarse con posteridad por razones de miseria en su punto de origen. Por la diferencia cultural ninguno de estos dos grupos se sintió en paz. De hecho los unos surgieron como consecuencia directa del tratado de Guadalupe Hidalgo y los otros indirectamente por el mismo motivo, pues el tratado abrió la problemática de la discusión internacional, de la segunda mitad del siglo, que puso al descubierto el contraste de pobreza y riqueza entre las dos naciones y significó la disparidad en el diálogo.

Disparidad provocada también, además de por la desigualdad en la riqueza, por los nuevos capítulos de la historia interna de los Estados Unidos, como la guerra civil, que obligaron a reorganizar la economía y a adecuar la política externa a las nuevas necesidades surgidas de una sociedad nueva y reestructurada.

En términos redondos, a partir de la guerra civil aunque todavía se observaran los intentos de adquirir más territorio en México, ese tema no fué parte troncal en la política externa de los Estados Unidos.

La revolución industrial se puso verdaderamente en marcha y se cambió la característica del imperio, poseedor de tierra y conquista, para sustituirlo por un imperio de proyección económica y de mercado en las dos direcciones de la re-





lación, porque facilitaría extraer y obtener materias primas, manufacturar con ellas los productos y colocarlos en los mercados creados dentro y fuera del país. En este proceso encajaron los trasterrados de que hablamos arriba que se convirtieron en mano de obra, aunque estaban supuestamente protegidos por el tratado en sus personas y en sus bienes. Entre las dificultades que sufrieron como trasterrados, además de las culturales, estuvieron las incautaciones, el desarraigo por supuesto, las imposiciones y aún los crímenes. Y no hubo posibilidad de defensa efectiva para esos seres en su mayoría pastores, agricultores o mineros de pocos recursos personales, por su ignorancia y bajo nivel cultural, que eran incapaces de acudir a tribunales locales, única posible defensa a su alcance. Pero si a ellos acudieran se prolongarían por treinta o cuarenta años sus pleitos que terminarían con laudos finales contrarios, al ponerse en duda hasta sus títulos de propiedad.

Superpuestos a estos problemas de los mexicanos trasterrados y residentes, estaban también los conflictos planteados por hombres abigarrados de la frontera cuya ley dictaban ellos mismos, la ley del fuerte, dedicados, además, al abigeato en sus territorios y en los de México donde iban en busca de ganado.

Todavía ocurrió más en la frontera: los disidentes políticos mexicanos proyectaban desde ella establecer repúblicas independientes en su territorio y los filibusteros americanos pretendían declarar en California o aún en Sonora, como Walker, sus propias repúblicas con la mayor tolerancia por parte del gobierno de los Estados Unidos porque aparecían los intereses ferrocarrileros internacionales y transcontinentales que provocaron otro cambio de la línea fronteriza.

La llegada del progreso

Con la traza del ferrocarril se altera el objetivo internacional político de los Estados Unidos, que fueron en busca de soluciones a las necesidades del transporte moderno y que lo combinaron con la discusión de los derechos de paso adquiridos a la concesión de Garay.

Todavía surgía la complicación fronteriza natural por el movimiento de los ríos que marcaban la línea divisoria.

Los problemas naturales fueron una cosa, pero los surgidos de los hombres fueron otra y de ahí que, todavía en 1857, con motivo de las reclamaciones, se hicieran demostraciones impositivas al gobierno mexicano y poco antes, en 1855, se hablara de la necesidad de invadir a México como única for-

ma para poner fin al constante choque de los representantes americanos con las autoridades mexicanas. Gadsden se indignó porque no le reconocieron las reclamaciones que presentaba por la entrada de tribus indígenas a su país. Incluso habló de sobornar a los caudillos mexicanos liberales con el dinero de la compra de la Mesilla para que, al tomar el poder, resolvieran los problemas con los Estados Unidos a su forma. Todo fue peor con la llegada al poder de John Forsyth que arrastraba la política de los expansionistas: presionaba con la necesidad de indemnizar a todos los ciudadanos norteamericanos a la vez que declaraba no haber anhelos siniestros en contra de México, pero trataba en cambio de disponer de 12 millones para que Tehuantepec fuera protectorado americano que favoreciera la construcción del ferrocarril. Sin duda ello equivalía a la cesión del territorio.

Las presiones no terminaron y contra México se opuso una descarada ideología filosófica expansionista que lo envolvía todo aprovechando las situaciones precarias que se presentaban: por el lado mexicano se trataba de mantener la maltrecha soberanía nacional herida, tanto en el tratado de 1848 como en el de 1853, cuando todavía no se lograba entrever las secuencias de esos documentos que de nuevo dejaban al descubierto la misma problemática que atraería los nuevos embates de los Estados Unidos en breve.

La Reforma mexicana con su espíritu renacentista llevó su modernización a los programas de asentamiento y de administración estatal de acuerdo con la técnica reconocida en su tiempo. De la gestión de Juárez se partió hacia una tendencia de legalismo internacional, que en el exterior se tuvo en cuenta porque reconocía la igualdad jurídica y promovía la madurez de la nación mexicana ante el resto del mundo. Así caminó también, más adelante, Porfirio Díaz, y el primer paso sintomático de la época fue la función del Secretario de Relaciones que quedó fortalecida.

Filosofía y religión

Esa modernización coincidió con los cambios provocados por la revolución industrial a que nos referimos arriba y Foster, como ministro en México representó la persistencia de la vieja escuela expansionista a todo trance. Por eso el presidente Pierce no se atrevió a presentar las exigencias que Foster quería imponer a México, al temer que el Congreso considerara que significaban una excesiva intervención en la vida nacional mexicana. Buchanan tampoco se avino a las proposiciones, que en el fondo eran peldaños para abrigar

iniciativas como la de Sam Houston, en el sentido de que establecieran un protectorado incluyendo a México y a Centroamérica; o el intento de McLane, de ir en busca de una nueva discusión de límites que pasara la Península de California a los Estados Unidos junto con todos los derechos de paso imaginables en el norte de la República.

Después de la guerra civil, los liberales mexicanos pudieron fortalecerse con la ayuda comprometedora de los Estados Unidos, al permitirse el envío de armas para su uso.

Cuando la guerra civil norteamericana terminó, se hizo conciencia de que el expansionismo era el ingrediente típico de los estados sureños confederados aliados con los conservadores mexicanos y que los unionistas eran los amigos naturales de los liberales mexicanos. Al encauzarse la vida de las dos naciones después de la crisis, la política externa estadounidense cambió afectada por los nuevos factores económicos. Así, por ejemplo, Seward puso acento en la importancia de la economía y habló de cómo en treinta años absorbería México por medio de la inmigración y del comercio. Además se adicionó, como instrumento del nuevo planteamiento, la penetración espiritual que llevaron a cabo las misiones protestantes a partir de 1864 con el objeto de cambiar la naturaleza del mexicano y hacerla paralela a la de los Estados Unidos. Esas misiones estaban desarrollando en seis años actividades intensas que ameritaban informar al ministro Foster, pues operaban con fondos de los Estados Unidos.

Las misiones provocaron serios antagonismos con el pueblo de México y se generaron verdaderos conflictos que llegaron al asesinato.

El espíritu puritano se reflejó de manera muy especial cuando Díaz llegó al poder e ignoró las concesiones dadas con anterioridad a ciudadanos americanos que en Foster, por considerarlas hechas a través de los gobiernos, provocaron irritación y orgullo constituyéndose por ello en el enemigo jurado de Díaz. Hasta que llegaron las elecciones lo trataría como un gobernante de facto de quien dudaba qué garantías pudiera dar para promover la vida económica y la paz del país. El gobierno de los Estados Unidos apoyó a su ministro que complicó el problema del reconocimiento con el de las concesiones negadas y con los problemas de la frontera. El presidente Hayes admitió que los Estados Unidos acostumbraban reconocer gobiernos *de facto* en México pero confesó que esta vez no se hacía para facilitar el arreglo de la situación fronteriza, a sabiendas de que la solución no resultaría fácil. Gobierno y ministro formarían así un bloque de apoyo mutuo que encerró las relaciones en un *impasse* cuando Díaz consideró su reconocimiento como un *sine qua non* y provocó una molesta situación para el gobierno americano. Tratando de romper el *impasse*, Díaz liquidó el pago de la deuda nacional correspondiente al 31 de enero de 1877, que el gobierno de los Estados Unidos temía aceptar para que no se interpretara como su reconocimiento. Pero de todas maneras aceptó el pago expresando que ello no tenía relación con el reconocimiento del gobierno y presidente mexicano en el poder.

De hecho hubieron dos errores en esa transacción. Si Foster en vez de pasional hubiera actuado diplomáticamente, hubiera reconocido a Díaz mientras tuvo poderes discrecionales para hacerlo y Vallarta hubiera podido negociar el pago contra el reconocimiento pues ello también estaba en su poder. La intransigencia de ambos volvió a restablecer el

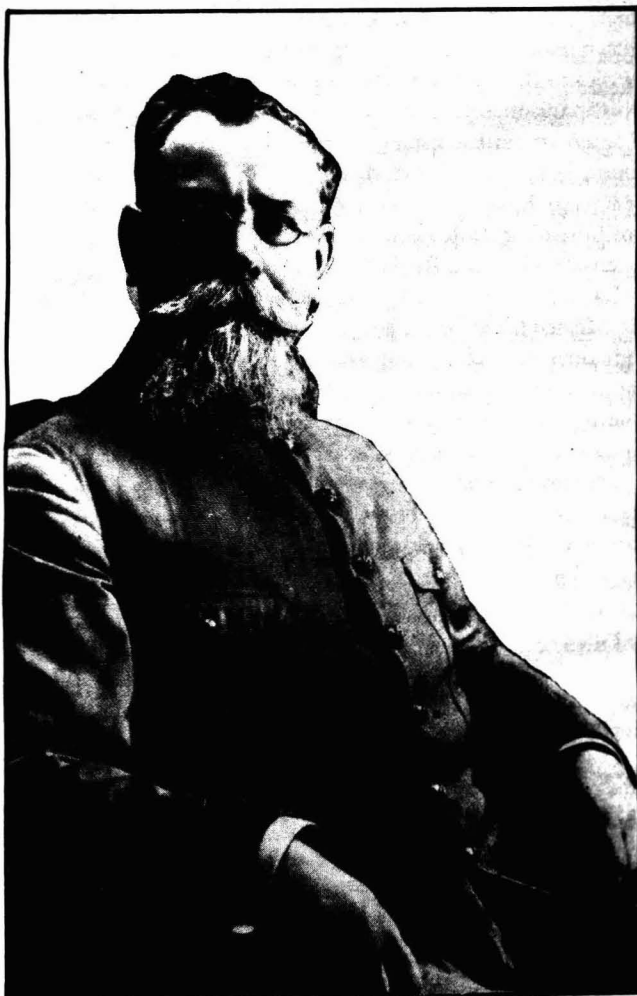
problema que prácticamente se convertía en cuestión de honor.

Al no haber reconocimiento posible se agravó todo lo demás, incursiones de 18 kilómetros en territorio mexicano para perseguir Lipanes y Apaches, y ninguna esperanza en unas relaciones convertidas en estrictamente políticas acompañadas de campañas periodísticas, que insistían en un proteccionismo que se justificaba hasta el cansancio por la situación fronteriza; condiciones gubernamentales impuestas para el reconocimiento retenido por Foster y amenazas de mayores incursiones; además del esfuerzo para dirigir las conversaciones con Vallarta hacia su finalidad, mientras que éste sólo afirmaba consentir en que los militares de la frontera se pusieran de acuerdo cuando reconociera al gobierno mexicano.

Además se formaron dos corrientes contrarias ante el problema de México, la de los capitalistas que perdieron sus concesiones con la llegada de Díaz y la de aquellos que, sin intervención de su gobierno, las recibieron de Díaz por medio de un entendimiento directo. La postura de los últimos contrastaba ciertamente con la detonante de Foster.

Los primeros provocaron las órdenes de invasión que se dieron a Ord y los segundos abrieron una propaganda, en los círculos industriales de Chicago que logró hacer una escisión en el congreso, donde se puso en evidencia la conducta y la política impropia de Foster, a quien se llamó a cuentas y también a los militares de la frontera.

Fueron los informes positivos de los inversionistas sobre México y la indignación por los negocios que no se pudieron



Venustiano Carranza

hacer en el país, los que forzaron la presión en el Congreso hasta el punto de demostrar la conveniencia de abrir el comercio, empalmar los ferrocarriles de ambas naciones y, en consecuencia, de reconocer a Díaz que mantenía su país en paz.

Cambios sustanciales en la industria y el comercio

La vuelta de Foster a México significó el reconocimiento aún cuando la orden de posible invasión quedó en pie hasta que se aceptara un acuerdo protector de la vida y la propiedad americana en la frontera.

El desarrollo del comercio y de la industria fortaleció la política de apertura además de que las conversaciones Foster-Zamacona, fracasadas, convirtieron en necesidad revocar las órdenes de Ord para cualquier trato. Por fin, el ejecutivo estadounidense pidió el permiso al congreso para invalidar las órdenes mientras Zamacona operó con los industriales, que viajaron a México y se opusieron a Foster.

El cambio de actitud en las relaciones entre los dos países ocurrió en 1880, pero en 1879 todavía los Estados Unidos trataron de asumir el dominio de Cayo Arenas. Mientras, Porfirio preparaba su reelección con Manuel González, que lo sustituyó temporalmente. De otro lado James Garfield en los Estados Unidos se mostraba partidario, como presidente, de proteger al gran capital surgido después de la guerra civil. La conquista de los mercados del Continente sería facilitada y, a su muerte, el sustituto Chester Allan Arthur mantuvo la misma política.

El presidente González en México buscó la manera de resolver los problemas, adelantándose por vía diplomática para que no llegaran a ser críticos y graves, mientras tanto el secretario Blaine anunciaba que no existían intentos de nuevas expansiones porque la paz era de interés primordial para el intercambio comercial de su país. La postura de Blaine, conocida con anterioridad, se oficializó el 24 de febrero de 1880 cuando se revocaron las órdenes de Ord y se abrió la posibilidad de emprender negociaciones amistosas, después de enviar a Foster a Rusia como diplomático.

La nueva actitud del gobierno de los Estados Unidos hacia México tomó forma de manera especial con el cambio de funcionarios, que no apoyaron a sus ciudadanos cuando se establecieron ilegalmente en Cayo Arenas, y Blaine usó la nueva política económica para reunir un congreso de los Estados del Continente en Washington.

Pero los expansionistas particulares no cedían en su ilusión y en Nueva York se juntaron, los de todo tipo, para proyectar en 1883 la independencia y anexión de Chihuahua, que fracasó porque el gobierno norteamericano se negó a ayudar a sus ciudadanos para ese propósito.

Por otra parte la deuda mexicana se liquidaba con puntualidad y se trataba de consolidarla en países financieros como Inglaterra, con quien se habían suspendido las relaciones desde Maximiliano.

Cuando los mandatarios cambiaron de nuevo volvió Díaz con su tesis de progreso y modernidad que facilitó las relaciones y aumentó el número de concesiones, futuro instrumento normativo del desarrollo nacional.

Los Estados Unidos buscaron la forma de firmar un nuevo tratado que pusiera fin a los temas de disidencia y, sobre todo, de los muchísimos que había pendientes, el de lograr una solución para los problemas de soberanía terrestre que, jun-

to con los de la marítima, significaría la solución conjunta para la soberanía nacional, al resolverse diplomáticamente la disputa sobre las islas mexicanas que fueron motivo de protesta el 17 de septiembre de 1894 cuando decretaron que, por estar abandonadas, eran explotables por los Estados Unidos.

Para Cleveland la postura consistía en no ayudar a los ciudadanos americanos que eludieran las consecuencias merecidas por haber violado la ley de otros pueblos.

En los problemas fronterizos también hubo cambios. Cualquier política, por férrea que fuera como la practicada por Díaz, resultaba ineficiente, y lo mismo sucedió con las norteamericanas, mientras los dos países no coincidieron en no comprar botines, adquiridos por los indios en sus expediciones, y en no venderles armas (1882-3). Pero todavía en 1890 siguieron los ataques y en 1905 las medidas de Díaz llegaron al extremo aplicando la pena de muerte. Cuando, en complemento de las medidas porfirianas, los Estados Unidos decidieron, en 1907, suspender la venta de armas a los indios, se terminaron los ataques a la frontera.

De esa manera se creó el ambiente de paz que favoreció el comercio, las inversiones de capital para el transporte, la minería, las materias primas, las colonizaciones y los deslindes que, en conjunto, asentaron las bases para el futuro desarrollo de las compañías internacionales en México.

La penetración económica había dado comienzo, junto con el desarrollo de la nación mexicana, pero también había comenzado la intervención espiritual e ideológica por medio del protestantismo que era otra forma de invertir y en 1891



actuaba un sin fin de misioneros con capital procedente de los Estados Unidos.

Con McKinley en la presidencia, en 1896, los Estados Unidos se lanzaron sobre el Pacífico después de haber alcanzado un equilibrio relativo en las relaciones con México.

Pero la segunda mitad del siglo XIX es todavía de mayor amplitud para explicar algunos sucesos que todos hemos vivido en el siglo XX. Al acabar la guerra civil apenas se reajustaba el país y Hamilton Fish, el 5 de noviembre de 1875, volvió sobre el problema de Cuba planteado por primera vez en 1824. Así entraron en el segundo ciclo de su política que se dedicaba a la promoción del libre comercio y de la industria como acabamos de ver en México. Pero ello implicaba economía privada, lo que resulta básico para distinguir el ciclo posterior en que la economía se caracterizaría por las grandes finanzas y las inversiones dirigidas, incluso, por el gobierno.

Los pasos dados con anterioridad fueron a criterio de Fish, dados con firmeza. Los primeros movimientos de Cuba hacia su independencia volvieron a plantear la necesidad de ayudar a la libertad de acuerdo con la época y con el nuevo ciclo que se abría en la vida de la nación americana.

Además, el gobierno norteamericano se presentaba en Cuba y en el mundo como protector de sus ciudadanos y de sus intereses nacionales, que se identificaban con la propiedad y con el comercio. Como los disturbios cubanos abrían una situación de inseguridad y perturbaban esos intereses además de la paz que, junto con el comercio y la economía, se convirtió en el eje de la postura de los Estados Unidos, és-

tos se nos presentan como un país transformado y seguro, que ve hacia el futuro de su economía como un trazo fijo a seguir. El lenguaje de la economía y de sus intereses era ya un lenguaje perfectamente inteligible para las grandes potencias.

Así quedó el campo preparado antes de exigir a España mover sus peones de manera conveniente pues de lo contrario se exponía a la intervención forzada, para garantizar la "seguridad".

Cuando los Estados Unidos se lanzaron sobre el Oriente aceptaron la intervención política, pero de ninguna manera la posesión de la tierra y por ello diseñaron un ejército y una marina convertidos en instrumentos correctores de situaciones cuyo objetivo era proteger el capital y el comercio como se vió ocurrir en el Caribe, en Centroamérica y en el Oriente en el siglo XX.

Al llegar a fin del siglo XIX los Estados Unidos habían aplicado soluciones surgidas de la experiencia de la frontera terrestre con México (anexiones), que se llevaron al Pacífico como en el caso de Hawaii, combinándose a la vez con los mismos razonamientos estratégicos usados en Cuba (la necesidad de la navegación), en este caso en el Pacífico, para atender a su "seguridad" nacional. Así se habló, con anterioridad, de la necesidad de drenar el comercio del centro de los Estados Unidos pasando por la vecindad de Cuba. En el caso del Pacífico se trató de un comercio que existía con Oriente y que necesitaba del puente de las islas estratégicas para apoyarlo.

Problemas fronterizos y comunicación

El objetivo era construir la frontera circular de los Estados Unidos que se estableció en Hawaii, y al hablarse de comunicar el Pacífico con el Caribe hubo que hacer descender la frontera estratégica estadounidense formando una zona de seguridad para su nación. Esas proyecciones fueron completadas al cerrar el único punto todavía abierto en la isla de Cuba. El tratado de París (10 de diciembre de 1898) fue el vehículo para ello, pues significó la consolidación de esa frontera desde el punto de vista internacional.

Cuba fue el punto central de ese convenio aunque también se tratara del destino de Puerto Rico. Sin embargo redondeó la situación de los Estados Unidos en el Pacífico al facilitarles otro avance porque se obligó a España a entregar la isla de Guam y las Filipinas. El último paso para cerrar el ciclo fue el canal de Panamá.

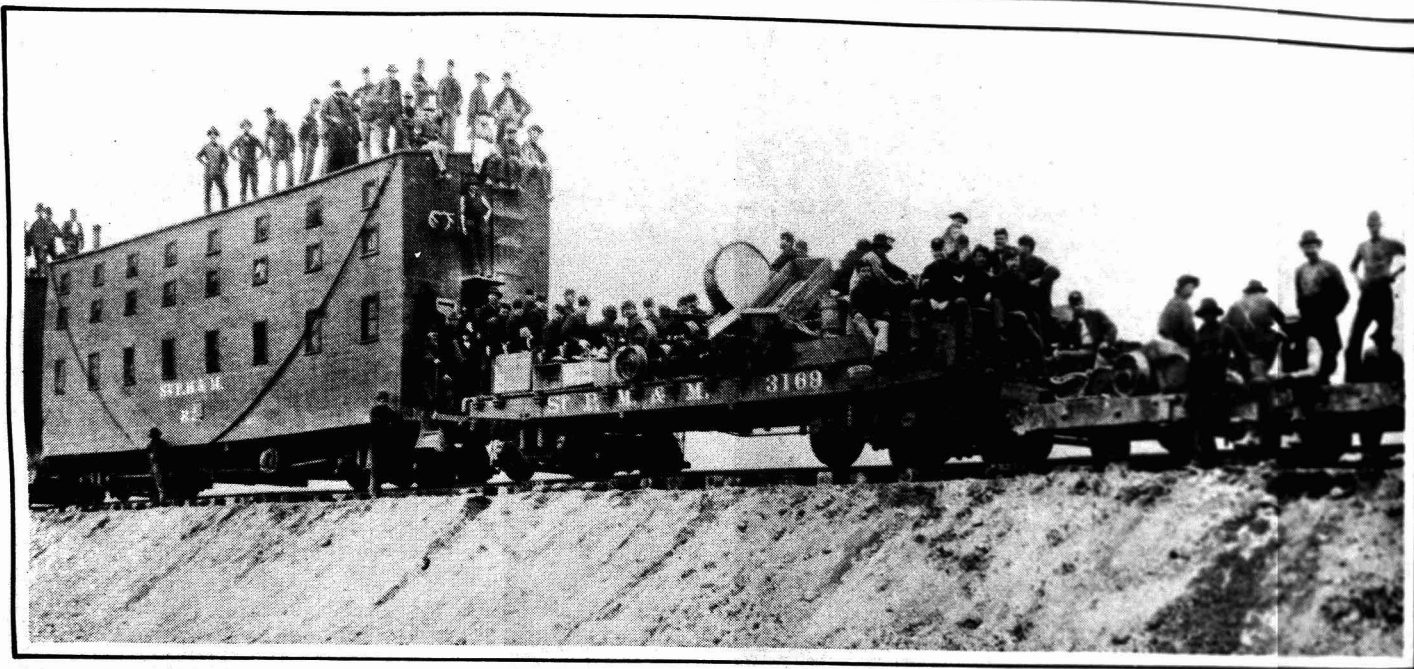
Con México todavía ocurrieron otros encontronazos en el siglo XX. Como se dijo al principio, la historia fue ardua para México y también para los Estados Unidos y, decir que lo fue para México, significa lo mismo para aquellas poblaciones que se desprendieron de México y pertenecieron a los Estados Unidos.

La relación de nación a nación, después del siglo XIX, podía mantenerse dentro de ciertos parámetros del diálogo internacional y las fricciones se plantearían por razones económicas en términos generales. Pero el diálogo con los trasterados chicanos o españoles fue una cosa diferente, a pesar de que su ascendencia va en aumento sobre el país en que viven.

Los trasterados siempre forman una población superpuesta a la nacional, que la nacional no asimila fácilmente. Difieren en toda clase de características que son difíciles de



Porfirio Díaz



amalgamar a las nacionales. Participan de la expresión de la cultura que, de cualquier manera, no corresponde al lugar obligándose a vivir lo suyo estrictamente intramuros y a tratar de sentir lo que se vive extramuros con gran esfuerzo de su parte.

Cuando el trasterrado llega a sentir lo que se vive fuera, en ese momento ha perdido lo suyo y su fuero interno coincide con lo externo, convirtiéndose así en un nuevo *nacional* de la tierra que pisa. Sucede que baja desde el nivel de población superpuesta para convertirse en población nacional. Sin embargo, cuando se trata de poblaciones dispares, como lo son las poblaciones latinas y las africanas, que se han adherido a la población sajona de los Estados Unidos, provocan los graves problemas de las minorías discriminadas y siguen así hasta que, por su cultura y preparación, logran imponerse en la tierra que pisan.

Desafortunadas esas poblaciones si no se esfuerzan en adquirir cultura a conciencia, pues entonces se convierten en doblemente discriminadas: primero por ser minoría y luego por su ocupación, que los convierte en la fuente de trabajo subdesarrollada del país, mal pagada y, quizá también maltratada.

En resumen la idea del Destino Manifiesto estableció una visión amplia de la frontera estadounidense en la cual tuvieron que mediar tres mares de importancia vital en el mundo y que determinaron el contacto definitivo de los Estados Unidos, en el sentido horizontal en el Globo, con el Lejano Oriente por un extremo y con Europa por el otro, creando un sistema estratégico americano que los enfrentó en el siglo XX con problemas muy delicados tanto en Europa como en Asia. Pero debemos concebirlos como resultados forzosos de la extensión horizontal efectuada por ellos en su intento de abrazar el Globo terráqueo. Lo único que no permite el cierre de ese abrazo es el Continente Europeo, al cual se esforzaron por acercarse durante el transcurso del siglo XIX buscando el apoyo de Inglaterra como consecuencia de sus relaciones en función del equilibrio europeo logrado en Oriente.

Tales relaciones introdujeron a los Estados Unidos en problemas europeos, y de allí su participación en las dos guerras mundiales al lado de Inglaterra, después de haber

creado sus intereses de gran finanza. Con quien no pudieron lograr el acercamiento durante esa evolución fue con Rusia, pues para ello se interponía en ambos extremos de Eurasia, por un lado la Europa occidental y por el otro su política oriental.

En el fondo, la evolución de estas relaciones marca una línea política perfectamente definida durante el recorrido del siglo XIX. Línea que parte de una manifestación idealista religiosa como es el Destino Manifiesto que se basa en la experiencia histórica de los propios Estados Unidos. Desean éstos superar a los países europeos, y ante la imposibilidad de lograrlo, lanzan un grito de impotencia en la Doctrina Monroe; sin embargo se debaten con los medios que les son conocidos, principalmente la conquista, y se extienden dentro de su propio continente hasta rebasar las fronteras mexicanas y consolidar sus confines mediante el tratado de 1848. Transforman luego su estructura interna y corrigen la deficiencia cronológica de su historia, lanzándose a su revolución industrial retrasada pero, por ese mismo retraso que llevan, resulta de ritmo mucho más acelerado que la europea. Lograda esa victoria, se precipitan a rivalizar en el Caribe con las grandes potencias, y luego lo hacen en el Lejano Oriente creando a la vez una complicada tela de posiciones estratégicas que les daría, en el siglo XX, una posición hegemónica, aunque discutida. ♦

Bibliografía de consulta

- Bosch García, Carlos. "El conflicto del siglo XIX con los Estados Unidos". En Alonso Gómez Robledo Verduzco, (Coord). *Relaciones México-Estados Unidos. Una visión interdisciplinaria*. México, UNAM, 1981.
- *El mester político de Poinsett*. (Documentos para la relación de México con los Estados Unidos, I). México, UNAM, 1983.
- *Buller en persecución de la provincia de Texas*. (Documentos para la relación de México con los Estados Unidos, II). México, UNAM, 1983.
- *El endeudamiento de México*. (Documentos para la relación de México con los Estados Unidos, III). México, UNAM, 1984.
- *De reclamaciones, la guerra y la paz*. (Documentos para la relación de México con los Estados Unidos, IV). México, UNAM, 1985.
- *Las bases históricas de la política externa de los Estados Unidos*. México, Fac. de Filosofía y Letras, 1975.
- Ortega y Medina, Juan A. *La evangelización puritana en Norteamérica. Delenda sunt indi*. México, Fondo de Cultura Económica, 1976.
- Zorrilla, Luis G. *Historia de las relaciones entre México y Estados Unidos de América 1800-1958*. México, Editorial Porrúa, S. A., 1965, 2 vols.